

llero en su corcel, por los arcos de la puerta principal, entró en el patio, y preguntó á voces, entre los alaridos del tropel que le acompañaba y le seguía, por el mal granadino, por el protervo musulmán, por el traidor monarca, por el parricida hijo, que acababa de vender su religión y su patria. No se presentó Boabdil, pero se presentó Aixá.

—¿Dónde se halla, —gritóle con furia el Zagal,— tu débil cachorro, abortado para la perdición de su raza y traidor á su reino?

—Aquí no hay traidor, sino tú, fementido ambicioso vulgar, sin conciencia y sin entrañas, que llevas en la mano cortante alfanje para descabezar á Boabdil y en el cinto puñal agudo para clavárselo en el corazón al descuidado Hacem. Aunque mil traiciones te han abierto el portón de nuestra fortaleza; y estás ahí despidiendo rabia de tus ojos y armado de todas armas, no temo arrostrar tu coraje, ni caer bajo el peso de tu maldad, antes bien, te desafío y te conjuro, tigre maldito, á que despedaces el cuerpo de esta mujer sin ventura, y lo arrojes, si para tu gozo y tu ambición así lo necesitas, al voraz apetito de tus perros.

—Horra, mujer de Hacem, Sultana granadina, sangre de mi sangre, si no mirara todos estos varios títulos, y no los uniera en mi pensamiento á tu condición de mujer, ahora mismo probaras el filo de mi alfanje.

—Haces mal no esgrimiéndolo, porque la Horra como tú me llamas en reconocimiento á mi virtud,

no habrá de agradecértelo; y si la dejas viva, no por el cariño, por el miedo que le tienes; enredaráse, como una serpiente del desierto, en los pies de tus ambiciones, y las derribará en el infierno seguramente.

—No escuchéis á esa mujer, —gritó el Zagal, viendo que los suyos se impacientaban y estremecían al eco de tales insultos, provocaciones y amenazas. Buscad al Rey Chico, al Zogoibí acosado por un horóscopo escrito en el cielo con caracteres nefastos contra él, y traédmelo para que yo lo remate aquí, en presencia de la mujer que lo ha engendrado.

—Traidor, infame, protervo, perro infiel, sangre corrompida y corruptora, de condenado alma, del infierno racimo, ¿crees que vas á encontrarlo, porque ha querido la traición perderlo? Pues aun tiene su madre que lo guarezca, y su Granada que lo salve.

Mientras Aixá decía estas palabras, los moros varios, compañeros del Zagal, escudriñaban todos los rincones de la grande Alcazaba, en busca de Boabdil. Pero en vano, porque habiendo llegado su indolencia incontrastable al extremo de no salir del retiro procurado tras su cautiverio y sus guerras, pasándose la vida en contemplar, ora el cielo de su Andalucía, ora el mar de aquellas pintorescas costas, ora los ojos de Moraima, tenía caballos ociosos y de refresco, montando el más rápido con la celeridad prestada por las exaltaciones de sus ner-

vios, y poniéndose pronto en cobro, lejos de aquel enemigo implacable y de aquel horroroso daño. Los emisarios aun pudieron abrir grande ajimez del patio y mostrarle al Zagal cómo corría el bueno de Boabdil, y se alejaba con varios de los suyos y se perdía en los últimos límites del horizonte. Algunos malagueños, destacados para detener la fuga, intentaron cortar el paso rápido, apresarlo cuando ya no lo habían podido cortar, perseguirlo cuando ya no lo habían podido detener ó apresar, mas ni sus cuerpos estaban de suyo tan ágiles como el cuerpo de semejante nervioso, ni sus caballos recién venidos de Málaga en carrera fatigadora podían competir de ningún modo con los caballos de Boabdil. Viendo este desengaño, enfurecióse con atroz y profunda ceguera el Zagal, arrojándose como todos los de su sangre, al ímpetu y al arrebató de su furor. No hubieron á las manos al pobre Boabdil; pero sacaron de las guaridas recatadas, en que acababan de refugiarse, á los principales y más conspicuos amigos y servidores de Aixá. La escena fué terrible; como que pasó una de las cruentas carnicerías comunes en aquel tiempo, y que nosotros no podemos comprender, dada la dulzura de nuestras costumbres. Un macero cogía con la mano izquierda furioso á tal vizir, y le descargaba la maza de hierro sobre las paredes del cráneo, haciéndole saltar los sesos, que se desparramaban por el ensangrentado pavimento. Dos ó tres milites, cegados por su cólera, saltaban al primer cortesano que

veían inermes; y después de alancearlo sin piedad, y con sus lanzas cubrirle de anchas heridas todo el cuerpo, descabezábanlo, y dirigían, como si fuese una bala de cañón, la cabeza lívida y siniestra, todavía resollando, á los pies de la Sultana. Otros, más valerosos, no querían rendirse, y pugnaban por defenderse, matando con ardor á sus adversarios, y recibiendo la muerte con heroísmo, entre los estremecimientos de la pelea. A veces, un tiro sonaba, y un hombre caía, mezclándose por siniestro modo los extertores del moribundo, el suspiro último lanzado en un segundo con las carcajadas epilépticas del rencoroso matador. Aquellos tiros secos, aquel relámpago de los alfanjes voraces, el resuello de tanto luchador, los hedores de la matanza, los montones de cadáveres, la sangre goteando por las escaleras y remansándose por horrible modo en el patio; las cabezas de sus troncos apartadas; los troncos yacentes por allí todavía palpitantes; el ¡ay! de los heridos no bien rematados; los clamores y carcajadas de los asesinos; un corazón aquí mordido por tales perros; unas entrañas humeantes allá; el odio humano en todas partes, hacían que pareciese aquello algo semejante á lo que todas las teologías han ideado respecto del sitio convenido en los dogmas para teatro de los aborrecimientos eternos, respecto del infierno. Entre los asesinados hallábase un caballero abencerraje, á quien Aixá distinguiera mucho por su valor y su constancia; como entre los moribundos

estaba un príncipe de la sangre, Algete, á quien debía el Zagal amar, si para las ambiciones y para los odios hubiese algo respetable y sacratísimo en el mundo. Quien haya visto una leona de África, ó una tigre de Hircania, encerrada en su jaula, y hambrienta con voraz apetito, cuando le ofrecen desde lejos un pedazo de carne chorreando sangre, ó le disparan de cerca un tiro atronador, quien las haya visto en sus saltos, en sus movimientos, en sus rugidos, formarése una idea de Aixá, la cual se clavaba las uñas y se mordía con los dientes, cual si quisiese prestar á su cuerpo, con estos arañazos y estas mordeduras, la rabia de su alma. En este punto insultaba con feroces insultos á uno cualquiera de los matadores; en aquel punto, sostenía con sus gritos el combate; ya se inclinaba sobre uno de los suyos para recoger el postrer suspiro; ya detenía los brazos amenazadores; y entre flechas, entre alfanjes, entre balas; teñida en sangre; con los sesos de varios muertos en las faldas; tropezando en la cabeza ú hollando las tripas ó el vientre de cualquier amigo, parecía la siniestra personificación de aquella discordia. Así, mantúvose, á pesar de tantas atrocidades, como vió; y de tantas furias, como la rodeaban, erguida y sin vacilaciones y sin estremecimientos y sin desmayos; hasta que, viendo aparecer en brazos de sus siervas á Moraima sin vida ni sentido, conducida por expresa orden del Zagal á una prisión del castillo, se cayó redonda en el suelo, como si hubieran despe-

dido sobre su cabeza un rayo, junto al cuerpo del joven príncipe nazarita herido de muerte por tan terrible modo en aquella espantosísima catástrofe. El Zagal, viéndola en tal estado, mandó que la encerraran en una torre, aunque de mejor grado la encerrara por todo una eternidad en el sepulcro. Y luego que hubo asegurado así la familia de Boabdil bajo cien cerrojos en Almería, volvióse á Málaga en busca de fuerzas y recursos con que ir á Granada y ceñirse aquella corona, cuyos fragmentos resplandecían en las sienes de su sobrino y de sus hermanos.

La noticia de lo acaecido en Almería, llegó bien pronto al palacio real de los nazaritas. Y lo que no pudo el Zagal saber al pronto, lo supieron sus rivales granadinos, la fuga del rey á Córdoba. Zoraya comprendió como, libres sus hijos de semejante rival, y de tamaña rivalidad, aquel momento era el propicio, y cuasi único, para lograr sus ambiciones, llevando la corona de sus abuelos á los predilectos de Hacem. Con arreglo al sistema seguido ya en todas sus maniobras, muy diverso del que siguiera en casos parecidos Aixá, consultó con Venegas lo que debía, en tal supremo instante, intentarse para coger, como al vuelo, aquella corona real, que rodaba desde las sienes de sus ilustres poseedores á los más profundos abismos. Pero Hacem ya no pertenecía casi al mundo de los mortales, pertenecía de suyo al mundo de los muertos. El dolor le dominaba, con tal dominio, que le ha-

bía rendido y acabado. Aquella naturaleza tan fuerte se deshacía en mares de lágrimas. El férreo general de tantos ejércitos, vencedor en tantas batallas, se fundía como blanda cera y lloraba como débil mujer. Poco á poco la luz se había extinguido en su vista, cual si quisiera el destino preservarle, por una espesa negra sombra, del espectáculo terrible presentado al mundo y á la historia por sus viejos dominios y por su ilustre familia. En el momento de llegar hablaba del infierno, murmurando suras enteras del Koran, y pedía los amuletos usados en todas las razas orientales, contra todos los maleficios. Citando los capítulos y hasta los versículos en que se decían anatemas ó maldiciones contra los malvados, exclamaba:

—Yo, Alah, no he pertenecido á los infieles; ni guardado avariento las riquezas que me concediste. Por fementida soberbia, no he rechazado ninguno de tus mandatos como hacen los malditos. Yo merezco ángeles intercesores contigo. Mi rostro, que ha resplandecido en cien combates empeñados por tu revelación y por tu nombre, no debe llevar, por toda una eternidad, el velo de los réprobos, tan oscuro como la noche. El día próximo en que á mí se acerque, armado de su guadaña el ángel de la muerte, le diré cómo he prosperado tus obras y obedecido tus órdenes. En todas partes ¡oh! gran Dios, te he visto, y en toda mi vida héme curado cuanto he pedido según tus consejos del pobre, hasta entre los desvelos del trono. Pido, pues, ha-

llarme á tu derecha en la otra vida: que no quiero volver á una tierra donde solo hallaría el dolor y el desengaño. Jamás he creído fábula, ó quimera la resurrección de los muertos. Jamás he desdeñado las lecciones de los profetas. Óyeme, pues, Alah en vida, óyeme; pues mi pensamiento se abre á ti, al par que se cierran mis ojos; óyeme, y no me precipites en las hogueras eternas.

En cuanto hubo acabado esta invocación Hacem, dijole con recelo y con temor Venegas.

—Vengo á distraerte de tus oraciones para decirte, como Boabdil, nuevamente lanzado del reino por tu hermano el Zagal, se ha ido á tierra de castellanos y católicos en busca de socorro y auxilio.

Hacem, al oír esto, se llevó ambas manos á los ojos, y dejándose caer en el diván, estuvo algunos instantes como muerto. Sus dos interlocutores, lo mismo Zoraya que Venegas, respetaron aquel dolor, y no quisieron interrumpirlo, dejándole toda la solemnidad tristísima de los primeros momentos. Pero luego, viendo que se prolongaba el síncope, y que prolongándose, aparecería como confundido con el sueño de la muerte, le sacudieron y le gritaron clamándole á la vida. Cuando Hacem volvió en sí, tornóse á ellos, y les dijo estas palabras, después de alargar sus manos enflaquecidas y torpes.

—¡Ah! Perdí por completo la resplandeciente luz que animaba mis ojos. Ya no volveré á ver tu faz ¡oh! Zoraya; esa faz tan parecida en lo hermosa y triste al resplandor de la luna llena. Muero antes

de morir. Las sombras del sepulcro ascienden á mi cabeza, mientras la vida y su calor abrasan aún todo mi cuerpo. Ya no podré ver, ni las estrellas del cielo azul, ni los ojos del rostro tuyo, en cuya contemplación he pasado gran parte de mi vida. He muerto, he muerto para esta Granada, que no volveré jamás á ver. Las esencias de sus cármenes subirán á mi olfato; las columnas líquidas de sus surtidores y los coros armoniosos de sus aves regalarán mi oído; mas yo, que aumentara sus bellezas, que le ciñera nuevos jardines y nuevas flores á su corona, yo no volveré jamás á verla, como no te volveré á ver á ti, mi reina, mi Zoraya, con quien tantas veces la he confundido, identificándolos en el mismo amor. ¿Qué ha sido, Alah, de mi corona imperial? Aunque me llevo las manos á las sienes, no la toco, porque me la han roto en la frente los hados. Todo he podido sobrellevarlo, todo, menos que un hijo mío, sangre de mi sangre, traicionara la religión de sus profetas y la patria de sus padres. La muerte vino desde aquel día sobre mi cabeza; y esta noche tristísima, en que ahora me hallo envuelto, es tan solo el comienzo de la muerte. Ya no veré mis legiones, sus armas relucientes, sus maniobras heroicas, sus caballos rápidos, la mira donde se dirigen y la resistencia que aguardan; solo me toca ver una sombra tras de otra sombra, mares de tinieblas, caliginosa, perdurable noche. No me habléis, pues, de cosa ninguna en el mundo. Quien, por su desgracia, no puede

amar al hijo primogénito, á causa del deshonor que le acompaña; ni ver á los hijos queridos, á causa de esta ceguera eterna, ¡oh! no debe vivir. Preparad los ritos de los muertos. Apercibid mi sepultura. A mí ya no me queda otra cosa, sino decir al ingreso de la eternidad: «Señor, que se cumplan tus decretos en la tierra y en el cielo.»

Mientras Hacem así hablaba, Zoraya y Venegas parecían como dos estatuas silenciosas y rígidas. El vizir miraba, en lo interior de su pensamiento, la insuperable dificultad que había para salvar el reino granadino de tantas catástrofes, y mucho más para conseguir lo deseado por Zoraya, la sustitución de los tres reyes por los hijos de la reina. Sin embargo, se atrevió á deslizar estas palabras y á sugerir estas indicaciones.

— Comprendo, Hacem, tu dolor, desde que Boabdil osara pactar con tus eternos enemigos; comprendo que la pena te haya oscurecido, siquier sea pasajera, los ojos; pero no comprendo que creas todo el reino derribado sin reparación alguna posible y toda esperanza perdida ó sin remedio en lo humano. Bayaceto, el magnífico Sultán de Constantinopla, se apercibe á socorrerte, y tiene hoy en poder suyo Jerusalén y el Sepulcro de Cristo en ofensa de los cristianos; y tiene todo el imperio de los antiguos griegos con todo el imperio de Trevisonda; y tiene aquel señorío inmenso del Soldán de Constantinopla; y tiene la soberanía del Oriente. Avisado por la fama de que aquí agoniza en parte

su religión y su imperio, háse propuesto acorrerte; y vendrá bien pronto con escuadra tal por el Mediterráneo, que huyan las naves cristianas como tímidas y miserables gaviotas. Lo que necesitas, mientras el dolor se aplaca en tu ánimo, y el día vuelve á tus ojos, y la posesión de tu espíritu á la voluntad soberana, es procurarte una representación que te personifique y te valga para combatir aún y vencer al cabo.

Acababa Venegas de pronunciar tales palabras, cuando un esclavo anuncia la llegada súbita de un emisario no aguardado, que trae importantísimas nuevas. Hacem, al saberlo, dícele á Venegas.

— Ese mensajero te dará las respuestas. No puedo yo cambiar en este reino de autoridad como hiciera otras veces conducido por la victoria, sin obtener el nombre mío un escarmiento de los cristianos. Entre con celeridad el emisario.

— ¿Qué nueva ciudad se ha perdido? — le pregunta con grandes instancias Hacem, en cuanto le dicen que allí está el anunciado.

— Se ha perdido Ronda.

— Ya lo véis, Ronda, la más fuerte de todas mis ciudades; nido de águilas al cual no podían subir ni los mismos diablos; almacén de tantos y tantos despojos; seguro fortísimo de mi gente; refugio quizá de mis últimos días; postrera esperanza que se va. La defendía el Zegrí; la poblaban africanos gomeles; y sin embargo, se ha rendido.

— ¿Quién, — preguntó Venegas, — quién de los

cristianos en tal empresa más se ha distinguido?

— El Marqués de Cádiz y el caballero Illán, que le acompañaba, — contestó el emisario.

Al oír este nombre, se puso de pie Zoraya y se marchó con precipitación hecha un mar de lágrimas.

En efecto la sentencia del hado se cumplía inexorablemente. La muchedumbre imputaba la rendición de Ronda, su viejo seguro, á la incapacidad irremediable de Hacem, postrado por un decreto del cielo en su lecho de agonía. Gritos de inapelable destronamiento comenzaron de nuevo á llenar los aires de Granada y á hender los muros del palacio. Un faquí de los muchos que andaban por aquellos lugares en tal tiempo, dió voz al resentimiento de las muchedumbres, y como una manera de fórmula real á la idea escondida en su mente. Así, pues, dijo que, traidor Boabdil y moribundo Hacem, sólo quedaba un recurso, la proclamación del Zagal. El pueblo hacía reyes con la misma facilidad que los deshacía y al Zagal proclamó. Una diputación granadina marchó á Málaga, y aunque tenía el taimado la voluntad pronta y fácil á recoger lo entonces ofrecido, aparentó extrañeza y opuso resistencia. Mas los múltiples ruegos vencieron pronto su aparatoso exterior, como las ambiciones allá en sus interioridades le habían de antiguo mostrado una corona para él en las desgracias y catástrofes de los suyos. Dejó á Málaga, y acompañado por trescientos jinetes lucidísimos, dirigióse á

la soberbia capital de su agonizante reino. Alhama en su camino pudo indudablemente detenerlo, pues comandaba por su posición extraña y singular, el camino entre las dos ciudades. Mas un descuido le procuró un triunfo. Setenta cristianos andaban merodeando por aquellas cercanías, muy ajenos á que tal golpe de gente mora se hallase próxima. Descuidados sesteaban, unos á la sombra de los árboles, otros al borde tranquilo de los manantiales y de las fuentes. Nada más fácil sino que la vigilancia domine al descuido. El Zagal vió, con la mirada de los guerreros, cómo allí le aguardaba una carnicería que perpetrar en los cristianos, un botín ó despojo que recoger con verdadera celeridad, y unos trofeos que presentar al pueblo granadino. Todo se cumplió á la letra. Murió una parte defendiéndose con heroísmo, y otra parte cayó cautiva sin remedio, bajo la pesadumbre del número. Como tornaban de largas correrías los cristianos, acopiaran rico botín que todo él paró en manos del vencedor. Con esto deslumbró á Granada. Trofeos innumerables le precedían como si hubiese dado una gran batalla; cabezas lívidas colgaban de los arzones y de las sillas dando extraño aire á los jinetes; y diez ó doce caballeros de las órdenes militares, con sus mantos y sus cruces que los realzaban por tan extraño modo, iban encadenados en torno de aquel soberbio caudillo, á quien halagaba la fortuna en estos breves minutos propicios, para mejor perderlo y hundirlo y devo-

rarlo. Inútil decir cómo aquel pueblo recibiría, con qué trasportes al vencedor, viéndolo rodeado de tales cautivos y de tantos despojos. Su hermano, al revés, no quiso aguardarle, y mientras por un lado, se veían las muchedumbres encrespadas, aclamando al nuevo rey, el viejo salía con toda su familia real á un destierro y á un retiro, donde le aguardaba con impaciencia la muerte.